

Clínica, acto y sus *impasses*

POR: DINA LUZ ROMÁN ALVARADO*

Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá

Gabriel Lombardi, *La clínica del psicoanálisis 2. El síntoma y el acto*, tercera edición. Buenos Aires: Atuel, 1993. 187 páginas.

En *La clínica del psicoanálisis 2*, Gabriel Lombardi recoge su trabajo sobre el síntoma y el acto, resultado de una cátedra de clínica psicoanalítica, dirigida a estudiantes de psicología, donde articula, de forma clara y pertinente, elementos conceptuales, viñetas clínicas y ejemplos tomados de la cotidianidad.

A lo largo del texto, el autor aborda el acto analítico poniendo en tensión la propuesta clínica lacaniana —derivada de “La dirección de la cura y los principios de su poder”— y otras corrientes psicoanalíticas, a la vez que interroga las intervenciones de las psicoterapias y la psiquiatría. Con estas coordenadas, se pregunta por el nacimiento de la clínica, atraviesa su dimensión terapéutica y sitúa las articulaciones del acto analítico con el saber, el deseo y la demanda.

Hay un saber supuesto al analista que le permite situarse en el lugar de causa para posibilitar un espacio en donde el sujeto se advierta concernido en su deseo por el síntoma, lo dirija a un Otro, para, al final de análisis, desprenderlo del reconocimiento del Otro y hacerlo devenir motor pulsional del acto; el síntoma “puede estar entonces

al servicio de la sublimación, bajo la forma de la creación científica, artística, etc.”¹.

El análisis apunta al corazón del acto en su dimensión de franqueamiento signifiante, ocurrido en el orden de la *Verleugnung*. En el registro de lo simbólico no hay S_1 sin relación con S_2 , mientras que con el acto se da una suspensión de la relación de S_1 con los otros significantes, con el Otro signifiante². En el análisis, se pone en juego el corte con el Otro, la posibilidad de desprenderse de los ideales que subyugan al sujeto para “ponerse a la altura del acto en el que realiza su deseo”³. Se produce así una mutación en el sujeto, algo del orden del atravesamiento del fantasma, que el autor ilustra retomando el ejemplo paradigmático, ya presentado por Lacan, del cruce del Rubicón por parte de César⁴.

El autor⁵ dirige un incisivo cuestionamiento a la psicologización del registro de la interpretación en el marco

1. Gabriel Lombardi, *La clínica del psicoanálisis 2. El síntoma y el acto*, tercera edición (Buenos Aires: Atuel, 1993), 28.
2. El autor aporta elementos para pensar la puesta en juego del signifiante autorreferente en la psicosis, la angustia y el acto.
3. Gabriel Lombardi, *La clínica del psicoanálisis 2. El síntoma y el acto*, tercera edición, óp. cit., 142.
4. Para esto retoma el texto “Jacques Lacan: observaciones sobre su concepto de pasaje al acto”, de Jacques-Alain Miller, y las narraciones de Plutarco y Suetonio sobre el cruce de César del Rubicón.
5. En este capítulo y algunos siguientes trabaja planteamientos de “La dirección de la cura y los principios su poder” con relación al acto analítico.

* e-mail: dinaluzroman@gmail.com

de nociones como “*insight*”, “*gratificación*”, “*respuestas a la demanda*”, etc., que se reducen a interpretaciones sugestivas para conseguir el “*convencimiento del paciente*”⁶. La sugestión aplasta el espacio del deseo; de allí que la resistencia a la interpretación y el *acting out* emerjan en el análisis como formas de sostener el deseo cuando parece que puede ser aplastado por la demanda del analista. El *acting out* aparece entonces poniendo en escena el objeto; aquello del deseo que quiere realizarse en la pulsión, que insiste en acto cuando la interpretación apunta a silenciarlo. A través del análisis del caso de los “*sesos frescos*”, de Ernst Kris, aborda el *acting out* en su valor correctivo de la interpretación, que sin embargo no tiene nada que ver con la conciencia, pues el analizante no puede dar cuenta de esa acción inmotivada, pulsional, que aísla un objeto, repetida en un cierto escenario, que es relatada al analista y por lo tanto se ofrece a la interpretación.

El *acting out* hace patente la falta del acto analítico en su función. Cuando el analista no puede escuchar los significantes fundamentales que ciernen el objeto para el sujeto —porque está situado como *autre* y no como *a*, porque escucha desde su propio inconsciente o desde la teoría, porque su interpretación achata el espacio del deseo, entre otros— no realiza su función de corte. El analista como semblante de objeto causa del deseo tiene la función de recortar el objeto del sujeto, de ir en contra del goce fantasmático que es inhibitorio en cuanto a la realización del deseo. El *acting out* muestra el objeto a aislado: “[...] ofrecido para el corte, goce del que el sujeto busca ser aliviado”⁷.

El autor acoge una clínica lacaniana centrada en el acto analítico como único fundamento de la acción del analista. El acto analítico se revela por una transformación del sujeto a través de la cual alcanza una nueva dignidad, en la medida en que ha podido desprenderse de las identificaciones, de los

títulos simbólicos que lo calificaban y ataban a la repetición vacía de su neurosis, donde los goces eran sobre todo goces de fantasía. Solo a partir de que se ha desprendido de esas identificaciones surge la libertad de consentir la causa del deseo que lo incita a ponerlo en acto: “La mayor parte de las veces el sujeto ya no tiene que contentarse con las satisfacciones sustitutivas en que consiste su síntoma porque puede articular su deseo en acto; solo un acto realiza el deseo al articularlo con la pulsión”⁸.

El psicoanálisis como ética no se sitúa del lado de la normalización ni de la búsqueda de un ideal señalado por el Otro. En cambio, el deseo del sujeto al final de un análisis se desprende de la presión uniformizante de la norma, de las falsas identificaciones que oprimían su deseo hasta asfixiarlo. El abandono de las identificaciones supone “[...] la angustia que implica perder esa identidad ficticia, esa identidad ideal que el sujeto alcanza por su alienación en el significante”⁹.

En la medida en que se cumple el paso de la disolución de la transferencia, que es el desasimiento del Otro de la neurosis, el análisis puede dejar al sujeto en la puerta del acto, de una decisión: ¿el analizante quiere o no quiere lo que desea? No se trata de que el análisis conduzca al acto, porque el acto no requiere la autorización del Otro, ya que ello lo destruiría como acto; si tal fuera el caso, solo se trataría de una tarea o de un acto subalterno.

En el fin de análisis, el sujeto puede ponerse a la altura del acto en el que realiza su deseo, por ejemplo, en la vía de la sublimación. Realiza, en el sentido en que inscribe el deseo en el circuito de la pulsión; ya no es un deseo que pide al Otro, sino que toma lo que hay, toma los significantes para introducir una combinación novedosa en lo real.

6. Gabriel Lombardi, *La clínica del psicoanálisis 2. El síntoma y el acto*, tercera edición, óp. cit., 59.

7. *Ibíd.*, 80.

8. *Ibíd.*, 150.

9. *Ibíd.*, 131.

El doble crimen de las hermanas Papin

POR: ÁLVARO DANIEL REYES GÓMEZ*

Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá

Jean Allouch, Eric Porge & Mayette Viltard, *El doble crimen de las hermanas Papin*. México: Epee, 1999. 314 páginas.

«Las [...] psicóticas [...] llevaron a Lacan a “aplicar el freudismo sin saberlo”. Como Aimée y la otra mujer [...] que escribe:

“Voy a decirle aquí de qué manera quiero castigar a mi marido en sus principales defectos, pues lo repito, la muerte no es un castigo”.

Christine y Léa lo obligan a un rigor igual al que ellas mismas aplican».

ALLOUCH

En su seminario *El acto psicoanalítico*, Lacan dice que tanto la poesía como el análisis hacen algo: afectan no solo al lector, sino a quien escribe. Se puede añadir que también el encuentro con la locura actúa, tal como Allouch y los otros autores, en el texto objeto de esta reseña, señalan que le ocurre a Marguerite Duras, quien luego de toparse con una esquizofrénica es impelida a armar *El Arrebatado de Lol V. Stein* de tal modo que el texto y su escritura asilen un orate rapto que turbe lectores; en cambio, para la loca musa el arrebatado es solo letra baladí. Así las cosas, dar cuenta de lo que le hace al padre del objeto a el paso al acto de las hermanas Papin

* e-mail: dracre@yahoo.com

es una idea medular del libro que aquí se comenta, o, dicho en otras palabras: es apuntar algo del encuentro de Lacan con la psicosis.

Hay que ir entonces a una serena tarde francesa, es dos de febrero de 1933, en Le Mans, dos apacibles y consideradas sirvientas modelo, solteras inseparables a quienes no se les conocen amigas ni novios, esperan la llegada de sus patronas. Ellas arriban. Hay una conversación sobre una plancha averiada y allí, en un instante, algo se desata que provoca el que las muchachas la emprendan con la señora Lancelin y su hija. Jarro de estaño: “[...] el cuero cabelludo ha sido escalpado en una zona de 9 por 7 cm [...] bajo ese jirón, el hueso del cráneo está a la vista y se encuentran allí algunas astillas de estaño incrustadas [...]. Martillo: “La cara [...] es un verdadero aplastamiento [...] fragmentos óseos, dientes arrancados, papilla de materia cerebral y de sangre [...] ya no se reconoce ni mejilla, ni órbita. La oreja está seccionada en su inserción; [...] el hueso malar está triturado, así como el maxilar superior; el maxilar inferior [...]”. Cuchillo: “el calzón había sido bajado hasta los muslos y la falda levantada [...] en las nalgas 4 rasguños paralelos [...] y una larga herida de 13 cm, [...] debajo de ellos otros 2 pequeños [...] En la nalga izquierda, 5 rasguños parecidos [...] y, entre ellos, dos heridas de 10 cm [...]”. Un periodista hace ver el parecido con “panes que llevaran las huellas transversales del cuchillo del panadero”. Manos y dedos: son

los otros instrumentos usados, además del cuchillo, el martillo y el jarro, con ayuda de dedos y manos se han arrancado los ojos aún estando vivas: el ojo de la señorita Lancelin es de los primeros objetos que brota bajo la luz de la linterna de uno de los agentes, ha sido lanzado desde el primer piso hasta el descanso de la escalera, mientras que los de la señora Lancelin yacen esparcidos fuera de órbita. Christine Papin y Léa Papin han zanjado lo suyo esta tarde: «[...] Mi hermana y yo nos dijimos después: “Buena la hicimos”. Cerramos las puertas, ya que sabíamos que el Sr. Lancelin iba a regresar y no quería tener una discusión con él. Nos dijimos que la policía iba a venir y esperamos».

El padre del objeto a no está aún en el lugar de los hechos, le preceden, como lo da a oír el texto de Allouch, dos de los agentes policiales encomendados al caso y cuyos apellidos dan tinte cómico a la escena: “Verité” y “Argot”: es decir, Justicia envía a investigar a Verdad y a Chisme. En efecto, ambas cosas se desatan con el paso al acto de las hermanas: las fotos, las descripciones de los periódicos, los chismes, el croquis del hecho, los conceptos forenses, las entrevistas de careo a cada hermana, las declaraciones de la madre, la caza de un papá disipado, los más de los chismes, los jueces, el ingreso de la psiquiatría, las interpretaciones sociológicas, feministas, surrealistas... etceteristas, todo este heteróclito elenco persigue establecer una esquiva verdad: resolver ¿Qué pasó? ¿Por qué? ¿Y a cuento de qué? El juicio contra las Papin se inicia en pos de esas preguntas y en el fragor de defensores y acusadores de Christine y Léa. Más temprano que tarde el caso penal vira de lo judicial a lo psiquiátrico, este movimiento y todo el embate anterior empujan a Lacan a escena, máxime cuando la condena proferida sobre el criminal acto no logra resolver a cabalidad nada; de tal modo que el fallo de Justicia es más bien indicio de que Verdad escapó y Chisme quedó. Así, dos meses después del veredicto da a luz el estudio del padre del objeto a, “Motivos del crimen paranoico: el crimen de las hermanas Papin”. Es una serena tarde francesa de diciembre de 1933.

El primer efecto de las Papin en Lacan es entonces hacerlo entrar en el furor del decir al que incita esta “figura de la locura”, identificada porque “la palabra se encuentra reducida a casi nada, se presenta como resueltamente convencional, y la locura entera parece concentrada en la sola efectuación del pasaje al acto”¹. Al contrario de lo que ocurre con la otra figura de la locura caracterizada por el palabrerío, por el exceso lingüístico, como en Schereber. Así, el desierto de palabra del paso al acto en su querer decir jala a otros a expresar deseando hacer oasis, pero el deseo es su aridez. Prueba de ello son las incesantes creaciones en torno al “hecho criminal” desde ese dos del mes dos cuando las dos mataron a aquellas dos: en 1983, en Broadway hay teatro, en Le Mans película, Man Ray se pronuncia, igual Simone de Beauvoir y Sartre, Genet, Niko Papadakis y otros más... En esta especie de duna lingüística está Lacan e igualmente la sugerente, sabrosa, exhaustiva y sorprendente fabricación del caso hecha por Jean Allouch, Eric Porge y Mayete Viltard en 1984, quienes no obstante la riqueza de detalles e indicios del acto y las discusiones teóricas olfatean, en el derrame de tantas tintas, aires perpetuos como los que baten arena en desierto.

Es en la serena tarde del dos de febrero cuando Léa y Christine esperan en su dormitorio a la policía; al día siguiente, dice una de las oficiales de la prisión: «[...] cuando se las quiso separar, Christine intentó en repetidas ocasiones arañarle la cara, la amenazó, avanzó hacia ella con los dedos por delante diciendo: “En nombre de Dios del buen Dios, usted no dirá que no es cómplice de la justicia”². El ocho de febrero, La Sarthe escribe de la misma Christine: “Extremadamente pálida y temblando todos sus miembros, con la mirada fija en el suelo, respondió sin demasiada dificultad las preguntas del juez”.

1. Jean Allouch, Eric Porge & Mayete Viltard, *El doble crimen de las hermanas Papin* (México: Epele, 1999), 13.

2. *Ibíd.*, 188.

Pero escuchemos parte de este singular juicio:

— ¿Usted odiaba a su patrona?

— No, no la odiaba, ¡es falso!

— Entonces usted actuó bajo alguna influencia. Vamos ¡Hable!

— (Christine responde con “mutismo absoluto”).³

Al separarlas rechazan comer y solo hasta el once de febrero almuerzan al estar un rato juntas; se dice que Christine, la mayor de las dos, es el elemento “activo” y Léa el “pasivo”. Cuatro meses después de la serena tarde del dos de febrero, en julio, compañeras de celda de Christine ilustran sus “crisis”:

[...] se levanta bruscamente y se precipita en búsqueda de su hermana. Pronuncia groserías y llama a su hermana con fuertes gritos. Pide también a su marido y a su niño [...] Se levanta el vestido [...] No hace más que orar [...] Besa el suelo y hace signos de cruz con su lengua, tanto en el suelo, como en los muebles y en las paredes. Ella quiso reventarse los ojos en mi presencia [...] Una noche creyó percibir a su hermana suspendida con las piernas cortadas.⁴

El relato anterior es denuncia del esquizofrénico delirio místico hurgado e instalado en Christine por las intervenciones, por la separación, por... por... ¿por algún paso al acto? En todo caso, esos fenómenos psicóticos no estaban presentes en la vida de Christine; ella es sirviente ejemplar; en cambio ahora hay un efecto de corte que se da a oír, entre otras cosas, en la alucinante imagen de Léa con las piernas cortadas y el intento de “reventarse los ojos”. Efectivamente, si algún rasgo es discutido, comentado, dicho y contradicho es la sacada de ojos de las Lancelin y que Christine lo ejecute ahora en medio de este esquizofrénico pasaje místico delirante. Lacan,

por su parte, rotula en su estudio que existe en las hermanas “una paranoia, un delirio a dos sin elemento inductor”. Pero no, no parece ser así, el texto de Allouch y de los otros lo contradice, ellos muestran, con sucesos a posteriori de la historia de las Papin y su familia otra cosa: que el delirio no se da entre Léa y Christine, sino entre esta última y la madre (Clemence). Se procura aquí no adelantar información sobre el final de Christine, Léa y Clemence luego del paso al acto, más bien se intenta lanzar lectores al copioso torrente de fuentes, entrevistas, locuciones, cartas, decires y cifras del texto objeto de reseña; en todo caso, se requerirá de la “caquexia vesánica” para poder dar algo de freno a los desmadres de Clemence: la madre, ella tiene gran presencia en todo el caso, es intérprete vertebral. Al igual que la otra hija, Emilia, la mayor, pues no son dos sino tres las Papin. Emilia, desde su juventud, se hace religiosa, y tras ello van las otras; este querer darse a Dios de las hijas da cuerpo al materno delirio. Precisamente, Emilia es para Dios, Christine para la locura de la parca y Léa para la madre. El reparto se hace con el matador paso al acto. «Visto desde la alucinación [...] “arrancarse los ojos” ya no aparece como lo peor [...] solo hay que evocar a Edipo [...] para saber [...] que el colmo del horror es más bien no arrancarse los ojos [...] cuando Christine ve a Léa suspendida de un árbol, con las piernas cortadas. Más vale arrancarse los ojos que sufrir la persecución de esta imagen alucinatoria»⁵.

La imagen es cara médula del psicoanálisis de sello lacaniano, por allí pasan las sustancias del caso de las hermanas Papin, y no tanto por las imaginarias tentaciones interpretativas del acto ejecutado. De ello da cuenta el libro que nos trae, es a partir de los acercamientos a este acto como Lacan va a interrogar a Freud y se encamina al armazón del Yo, un Yo ajeno al freudiano, que lo ubica en otro lugar en relación con el maestro vienés. Las Papin empujan a Lacan a dar el paso: le incitan a abandonar la explicación del “autocastigo” como razón y solución del paso al acto y lo arrastran a su primera

3. *Ibíd.*, 189.

4. *Ibíd.*, 191.

5. *Ibíd.*, 203.

formalización de la imagen, cortan vidrio al estadio del espejo. El padre del objeto *a*, no obstante, fallará la ojeada inicial al ver a las hermanas como siamesas almas gemelas y creer que tienen un delirio de *a* dos. Ello es quizás producto del azogue especular dictado desde la lectura de otra de sus psicóticas: Aimée. Lo sustancial es que todo ello tiene efectos hasta la década del cincuenta en la obra lacaniana, efectos sobre sus ideas del trabajo de la cura en el análisis, como puede leerse en los *Escritos*. Ahora bien, el texto de Allouch hace proposiciones sumamente sugerentes, no solo por la sabrosa manera en que son presentadas, sino por ser extractos clínicos, producto de las entrevistas, de las cartas, de las escrituras y acontecimientos recopilados con minucia digna de herederos de un antiquísimo y siempre renovado paradigma indiciario. De esta manera, llevados por una mano de indicios, parece imposible negar la tesis de que Christine es esquizofrénica y la hipótesis de su paso al acto como un momento paranoico a través del cual procura armarse una imagen agrediendo al otro. Igualmente, la riqueza documental de todo el caso, digna de un Sherlock Holmes freudolacanizado, puede despertar envidia en agentes policíacos de apellidos Verdad y Chisme: sea oportuno confesar que con frecuencia quien esto escribe se identificó con tales agentes. Es preciso añadir que desde tal exuberancia analítica del caso están otras dos hipótesis portentosas del texto: a) mostrar que casos como este y otros de la clínica hacen pasar la esquizofrenia del campo nosográfico de la demencia al de la paranoia, y b) que el dispositivo jurídico-psiquiátrico es responsable de lo que le ocurre a Christine.

El asunto especular no cesa con lo dicho hasta aquí, para andar más es preciso diferenciar y ligar ahora *acting out*, transferencia y paso al acto. El primero busca una cierta realización sin rememoración, sin querer saber, es un rapto de locura destinado a evitar una angustia demasiado violenta; tiene la estructura de pregunta y reclama interpretación de un sordo en una transferencia brutal; es el síntoma lacaniano de la década del cincuenta: cifrado mensaje al Otro. Al contrario,

el paso al acto es respuesta a una pregunta inexistente, no se dirige a nadie, por tanto tampoco demanda intérprete, es sin Otro, “no es el horror sino su reducción”, como dice el texto objeto de esta reseña; ahora bien, lo más extraordinario es que en ese mismo escrito el *acting out* es propuesto como el punto de articulación, al ligar la transferencia con el paso al acto. Pues este *acting out*, entendido como una transferencia sin análisis, es lo que anuda a las hermanas con la señora Lancelin vía materna. Y el paso al acto sería una salida a esa transferencia; es decir que “con el pasaje al acto Christine arregla su propia imagen narcisista. Una imagen a la vez desconocida y muy actualizada en ese instante. El pasaje al acto se revela aquí como solución no de la psicosis sino de la transferencia”. El gran arcano es entonces esta transferencia impuesta a Freud por sus histéricas y a Lacan por sus psicóticas; ello hace, como lo propone el libro, a la oreja analítica preguntarse: “¿qué es la transferencia para que el pasaje al acto pueda serle una solución?”.

Es una serena tarde argentina del 2008, “luego de encargar las empanadas, al comenzar el reportaje, mientras servimos la cerveza, Jean Allouch hace una propuesta”⁶: que sean otros quienes pregunten y Michel Sauval, psicoanalista, quien se calle. Hablan de varias cuestiones, una de ellas es el asunto de la clínica y su transmisión. Señala el entrevistado que Lacan es mucho más parco que Freud a la hora de hablar de sus casos, comenta sobre las complicaciones de hoy para guardar secretos y dice que el psicoanalista como objeto es “tumba” a preservar en el mundo contemporáneo. Trae enseguida a colación otro bocado: él, persiguiendo pasos lacanianos, ha encontrado maneras de hablar de su clínica sin tener que contar sobre sus analizantes, esos modos son sus escritos: “[...] mi libro *Marguerite, Lacan la llamaba Aimée*, mi libro sobre las hermanas Papin, un pequeño texto sobre

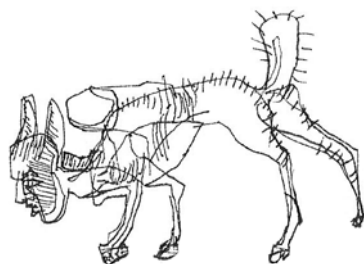
6. Federico Aboslaiman, Mariela López Ayala & Michel Sauval, “Reportaje a Jean Allouch”, *Acheronta Revista de Psicoanálisis y Cultura* 25 (diciembre de 2008), <http://www.acheronta.org/>

Althusser, algunas maneras de leer novelas, por ejemplo, en mi *Erótica del duelo* hay un texto a partir de Kenzaburo Oe, he escrito un artículo sobre *La Traviata* de Verdi [...]”⁷. Así, “luego de encargar las empanadas” y con el trago cervecero reaparecen las hermanas en las palabras de uno de sus coterráneos escribanos, y se sabe que las Papin de Allouch, Porge y Viltard son trazos de clínica transmisión; ellas han dejado, a su modo, también un bocado, efectivamente, el paso al acto de esta tarde serena de las apacibles sirvientas Papin trae a la mesa un objeto propio a aquello que ellas hacen tan bien: servir. “Entonces el crimen [...] se aclara a la luz de este objeto del cual ellas han dejado huella en los dos panecillos: ellas prepararon a la Sra. Lancelin y a su hija como se prepara [...]”⁸. No, no se quiere contar más de

eso extraordinario que aclara el texto, pero es cierto que un crimen semejante se hace comprensible bajo la luz del psicoanálisis, lo que se quiere es dejar campo al lector, dar a oler el bocado en anoréxico sabor: en los pasos al acto suicidas, los neuróticos pueden producirse ellos mismos como objeto, en su paso al acto, Christine y Léa han producido los dos cadáveres como objetos orales que ellas aderezan y dejan listos para ser cocinados. ¡Sírvase pues!

BIBLIOGRAFÍA

ABOSLAIMAN, FEDERICO, MARIELA LÓPEZ AYALA & MICHEL SAUVAL. “Reportaje a Jean Allouch”. *Acheronta, Revista de Psicoanálisis y Cultura* 25 (Diciembre de 2008). <http://www.achoronta.org/>



7. *Ibíd.*

8. Jean Allouch, Eric Porge & Mayette Viltard, *El doble crimen de las hermanas Papin*, óp. cit., 274.

